La Copa de los Condenados

El Bestiario Secreto de los Mundiales de Fútbol

La Copa de los Condenados

El Bestiario Secreto de los Mundiales de Fútbol

Historias oscuras, creepypastas y expedientes prohibidos del Mundial

Autor:

LEVANTINE-DESIGNS

levantinedesigns@gmail.com

LEVANTINE-DESIGNS on DeviantArt

Esta obra es una ficción. Los personajes, entidades y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor o han sido reinterpretados con fines narrativos.

Primera edición digital.

ÍNDICE

Introducción

Relatos

Canadá — El Estadio Silencioso

Países Bajos — La Reina del Canal

Portugal — El Delantero Eterno

Argentina — La Estrella de las Cenizas

Inglaterra — El Muro de los Huesos

España — El Abismo de las Banderas

Francia — La Estrella Negra

Estados Unidos — Champ, el Último Sponsor

México — El Balón de las Mil Pieles

Alemania — El Cuaderno de los Esquemas

Brasil — El Goleador del Césped

Marruecos — La Portería Negra

Expediente Final

La Copa de los Condenados

Archivos Recuperados

Bestiario de las Entidades del Mundial

INTRODUCCIÓN

La Copa de los Condenados

El fútbol es una de las pocas experiencias capaces de sincronizar las emociones de millones de personas.

Durante noventa minutos, ciudades enteras dejan de respirar.

Las fronteras desaparecen.

Los idiomas dejan de importar.

Solo existe una pregunta:

¿quién ganará?

Durante generaciones hemos atribuido las victorias a la táctica, al talento o a la suerte.

Este archivo propone una explicación diferente.

Una mucho más inquietante.

Las páginas que siguen contienen trece expedientes relacionados con fenómenos observados alrededor de distintos Mundiales de fútbol.

Ninguno de ellos ha sido reconocido oficialmente.

Ninguno debería existir.

Y, sin embargo, todos comparten una misma característica:

siempre aparecen cuando millones de personas sienten exactamente lo mismo al mismo tiempo.

Quizá sea coincidencia.

Quizá no.

CANADÁ

EL ÚLTIMO AFICIONADO

"El problema no era que nadie quisiera ver el Mundial. El problema era que, poco a poco, el Mundial empezó a querer verlo a él."

Cuando comenzó el Mundial de 2026, Ethan no conocía a nadie que viera fútbol.

Ni un amigo.

Ni un vecino.

Ni un compañero de trabajo.

Vivía en una pequeña ciudad del norte de Canadá.

Una de esas ciudades donde el invierno parece durar once meses.

Donde las calles están vacías.

Donde las ventanas permanecen cerradas incluso de día.

Y donde el silencio acaba pareciendo una persona.

Ethan tenía treinta y cuatro años.

Trabajaba desde casa.

Pedía comida por internet.

Evitaba reuniones.

Evitaba llamadas.

Evitaba miradas.

Los médicos lo llamaban ansiedad social.

Él lo llamaba agotamiento.

Pero cada cuatro años ocurría algo.

El Mundial.

Durante unas semanas olvidaba sentirse solo.

Porque millones de personas observaban los mismos partidos.

Las mismas jugadas.

Los mismos goles.

Aunque estuvieran lejos.

Aquello le hacía sentir acompañado.

O eso creía.

La primera noche salió a buscar un bar.

Uno solo.

Cualquiera.

Un lugar donde escuchar un grito de gol.

Condujo durante horas.

Nada.

Hockey.

Baloncesto.

Béisbol.

Televisores apagados.

Nadie parecía interesado.

Como si el Mundial no existiera.

Volvió a casa frustrado.

Y entonces escuchó algo.

Un cántico.

Muy lejano.

Procedente de alguna parte de la vivienda.

Ethan recorrió todas las habitaciones.

No encontró nada.

Pero la noche siguiente volvió a escucharlo.

Miles de voces.

Cantando.

Celebrando.

Como un estadio entero.

Dentro de las paredes.

Intentó ignorarlo.

No pudo.

Porque cada partido hacía el sonido más fuerte.

Primero cánticos.

Después tambores.

Después comentaristas.

Después goles.

El salón comenzó a cambiar.

Muy lentamente.

Las esquinas parecían alejarse.

El techo parecía elevarse.

Como si la habitación creciera.

Como si intentara convertirse en otra cosa.

Una madrugada despertó sobresaltado.

Escuchó una ovación ensordecedora.

Y encontró una grada.

Solo una.

Aparecida junto a la pared del comedor.

Pequeña.

Con veinte personas sentadas.

Todas mirando hacia él.

Ninguna habló.

Ninguna se movió.

Simplemente observaban.

Ethan llamó a la policía.

Cuando llegaron, la grada había desaparecido.

Los agentes sugirieron estrés.

Aislamiento.

Fatiga.

Él también quiso creerlo.

Hasta que aparecieron más.

Dos gradas.

Luego cuatro.

Luego cientos de espectadores.

Ocupando habitaciones enteras.

Sentados.

Esperando.

Mirándolo.

Siempre en silencio.

Siempre inmóviles.

Siempre sonriendo.

Ethan dejó de salir.

Dejó de trabajar.

Dejó de dormir.

Porque el estadio seguía creciendo.

Cada día.

Cada partido.

Cada gol.

Y nadie más parecía verlo.

Durante la semifinal ocurrió algo extraño.

Una vecina llamó a la puerta.

Una anciana.

Vivía sola.

Le preguntó si escuchaba los cánticos.

Ethan sintió alivio.

Por fin alguien más.

Por fin una prueba.

Pero la mujer parecía aterrorizada.

—No abras las puertas.

Le dijo.

—Eso fue lo que hizo mi marido en 1998.

Antes de marcharse.

Aquella noche Ethan encontró fotografías antiguas.

Mundiales anteriores.

Siempre la misma ciudad.

Siempre personas desaparecidas.

Siempre viviendas vacías.

Y siempre una frase repetida en los informes policiales.

"La casa parecía más grande por dentro."

La final llegó.

El estadio ocupaba ya toda la vivienda.

No quedaba rastro del salón.

Ni del dormitorio.

Ni de la cocina.

Solo gradas.

Kilómetros de gradas.

Miles de espectadores.

Todos mirando hacia el centro.

Y Ethan comprendió algo terrible.

El centro era él.

La cancha era él.

El partido era él.

Toda aquella multitud había acudido para verlo.

No para ver fútbol.

Para verlo romperse.

Porque el estadio se alimentaba de la soledad.

Y Ethan llevaba años alimentándolo.

Cada conversación evitada.

Cada amistad perdida.

Cada llamada ignorada.

Todo había sido una entrada vendida.

Todo había construido las gradas.

Cuando el partido terminó, los espectadores se levantaron.

Por primera vez.

Miles.

Millones.

Y comenzaron a aplaudir.

No un gol.

No una victoria.

Su rendición.

Las paredes desaparecieron.

El techo desapareció.

La casa desapareció.

Y Ethan vio el verdadero estadio.

Era gigantesco.

Más grande que cualquier ciudad.

Más grande que cualquier país.

Más grande que cualquier Mundial.

Y todas las gradas estaban ocupadas por personas solitarias.

Personas que habían terminado allí durante décadas.

Observándose unas a otras.

Sin hablar jamás.

Sin conocerse jamás.

Sin abandonar nunca sus asientos.

A la mañana siguiente la casa estaba vacía.

La policía encontró la puerta abierta.

El coche en el garaje.

La comida sobre la mesa.

Pero ningún rastro de Ethan.

Solo una fotografía.

Tomada desde una grada imposible.

Mostraba a un hombre sentado completamente solo en el centro de un estadio infinito.

Sonriendo.

Como si por fin se sintiera acompañado.

HOLANDA

LA ÚLTIMA APUESTA DEL ABUELO

"Algunos aficionados esperan toda una vida para ver a su selección campeona. Willem esperó tanto que algo empezó a esperar con él."

Cuando Holanda perdió otra final, Willem tenía diecisiete años.

Cuando perdió la siguiente, tenía treinta.

Cuando perdió otra más, ya era abuelo.

Y cuando llegó el Mundial de 2026, tenía noventa y dos años.

Había sobrevivido a guerras.

A enfermedades.

A funerales.

A todos sus amigos.

Pero nunca había sobrevivido a una Copa del Mundo ganada.

Porque jamás había visto una.

Vivía solo.

En una casa estrecha junto a uno de los viejos canales de Ámsterdam.

Una casa tan antigua que las paredes parecían inclinarse para escuchar.

Tan vieja que la humedad dibujaba rostros sobre los techos.

Tan silenciosa que podía oír el agua respirando bajo las ventanas.

Sí.

Respirando.

La primera vez ocurrió durante el Mundial de 2010.

Después de la derrota en la final.

Willem estaba borracho.

Destrozado.

Llorando frente al canal.

Entonces escuchó una voz.

—¿Y si pudiera ayudarte?

Procedía del agua.

Willem creyó que deliraba.

Pero la voz volvió.

Más clara.

Más cercana.

—¿Cuánto vale una estrella?

El anciano nunca contó a nadie lo que respondió.

Solo se sabe que aquella noche regresó a casa sonriendo.

Y desde entonces comenzó a ganar todas las apuestas relacionadas con Holanda.

Todas.

Sin excepción.

Durante dieciséis años.

En 2026 la Oranje empezó a ganar.

Partido tras partido.

Gol tras gol.

Todo parecía encajar.

Como si el torneo hubiera sido escrito de antemano.

Los periodistas hablaban de generación dorada.

Los aficionados hablaban de destino.

Solo Willem conocía la verdad.

Porque cada victoria tenía un precio.

La mañana siguiente al primer triunfo apareció muerto un vecino.

Infarto.

Sin explicación.

Tras el segundo partido desapareció una enfermera.

Tras los octavos, un niño cayó al canal.

Tras los cuartos, un pescador.

Tras las semifinales…

doce personas.

Los periódicos hablaban de coincidencias.

Pero Willem sabía contar.

Sabía sumar.

Sabía exactamente cuánto estaba costando cada gol.

Porque el agua le enviaba recibos.

Pequeños sobres húmedos.

Sin remitente.

Sin sellos.

Siempre sobre la mesa al despertar.

Dentro solo había números.

1 VIDA

2 VIDAS

5 VIDAS

12 VIDAS

Y una frase.

LA DEUDA AUMENTA.

La noche anterior a la final, el anciano no pudo soportarlo más.

Salió de casa.

Bajo la lluvia.

Hasta llegar al canal.

El mismo lugar donde todo había comenzado.

Y la vio.

Emergió lentamente del agua negra.

No era un pez.

No era una mujer.

No era un demonio.

Parecía una mezcla imposible de todas esas cosas.

Un cuerpo cubierto de algas.

Ojos blancos.

Boca demasiado grande.

Dedos largos como raíces.

Y una corona hecha de viejos balones de fútbol deformados.

La Reina del Canal.

—Has cumplido tu parte.

Dijo.

—Ahora llega la mía.

Willem cayó de rodillas.

—Ya basta.

La criatura sonrió.

—No. Todavía no.

Y señaló hacia la ciudad.

Miles de luces.

Miles de hogares.

Millones de personas esperando la final.

—Todos quieren ganar.

Todos aceptaron el trato.

Tú solo firmaste por ellos.

Aquella frase lo destruyó.

Porque era verdad.

Durante décadas había deseado exactamente eso.

Una Copa.

A cualquier precio.

Y el precio había escuchado.

La final comenzó.

Holanda jugó como nunca.

Marcó primero.

Marcó después.

Parecía imposible perder.

Pero cada gol provocaba algo.

Las ambulancias comenzaron a sonar.

Los hospitales colapsaron.

Las líneas de emergencia se saturaron.

Accidentes.

Infartos.

Desapariciones.

Suicidios.

Como si la propia muerte estuviera celebrando los tantos.

En el minuto noventa Holanda era campeona.

El país entero gritó.

Y los canales se abrieron.

Miles de manos emergieron del agua.

Miles de cuerpos.

Miles de rostros hinchados.

Personas desaparecidas durante años.

Décadas.

Siglos.

Todos avanzando hacia la superficie.

Y en medio de ellos estaba Willem.

Aunque seguía sentado frente al televisor.

Porque ya no era él.

Algo había ocupado su lugar.

La criatura del canal observaba el partido desde sus ojos.

Sonriendo.

Cuando levantaron la Copa, el anciano murió.

En silencio.

Sin dolor.

Sin resistencia.

Los médicos hablaron de causas naturales.

La prensa publicó homenajes.

El país celebró durante semanas.

Nadie relacionó las miles de muertes extrañas de aquel verano con la victoria.

Excepto una persona.

Un buzo.

Meses después descendió para inspeccionar un tramo del canal.

Y encontró algo imposible.

Un estadio.

Entero.

Sumergido bajo Ámsterdam.

Gradas infinitas.

Miles de espectadores muertos.

Todos mirando hacia el centro.

Todos esperando un partido eterno.

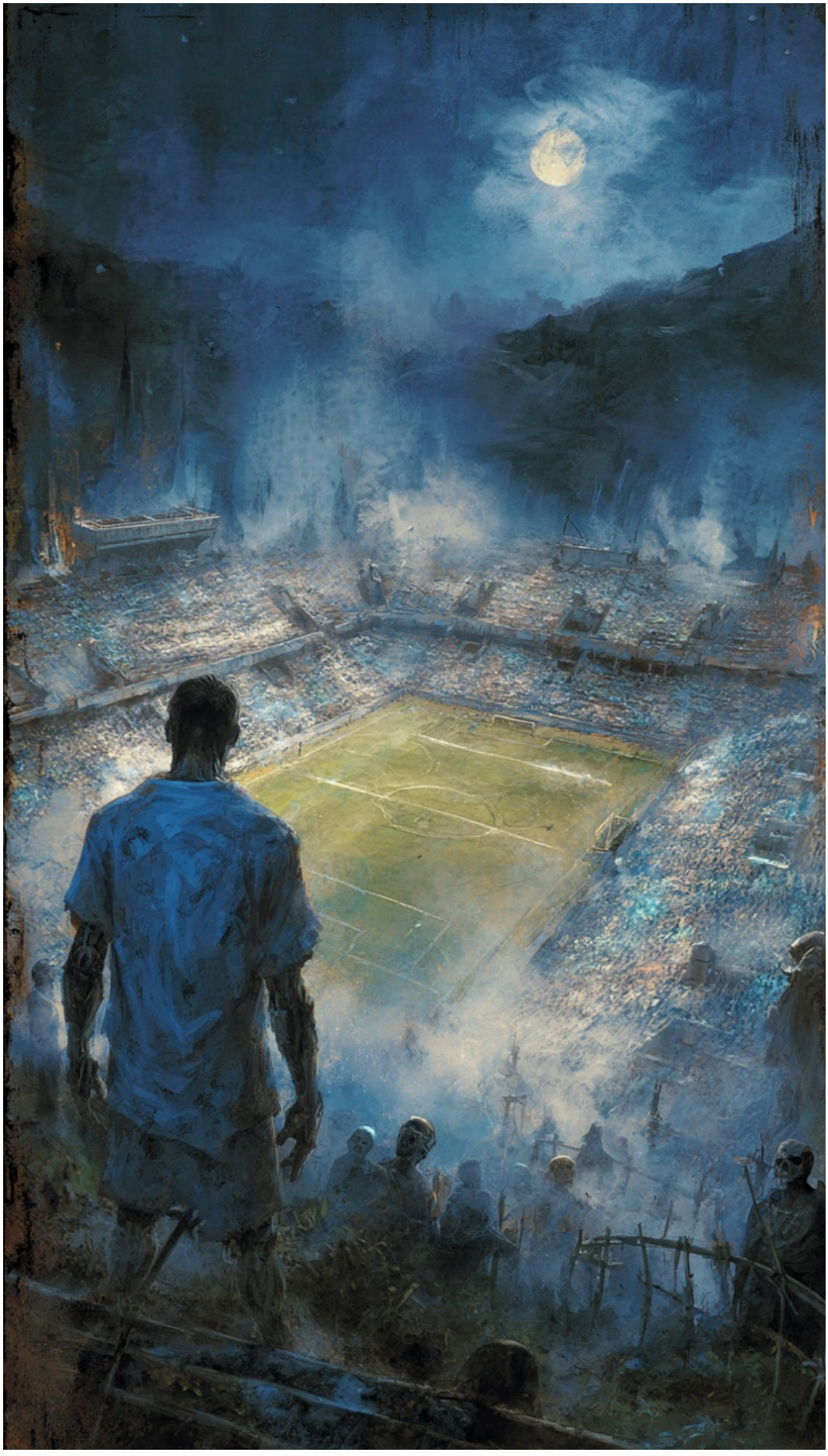
Y en el palco principal estaba Willem.

Sonriendo.

Con la Copa entre las manos.

Mientras algo gigantesco dormía bajo las tribunas.

Esperando el próximo Mundial.



PORTUGAL

EL DELANTERO ETERNO

"El problema no es vender el alma por una Copa. El problema es descubrir que la Copa nunca llega... y que el contrato tampoco termina."

La fotografía apareció en un mercadillo de Lisboa.

Era antigua.

Muy antigua.

Blanco y negro.

Mostraba un equipo de fútbol amateur posando junto a una playa.

La fecha escrita detrás era clara.

1966

Nada extraño.

Excepto un detalle.

Uno de los jugadores era idéntico a una superestrella portuguesa del Mundial 2026.

La misma cara.

Los mismos ojos.

La misma sonrisa.

La misma persona.

La imagen terminó en manos de Miguel Carvalho.

Periodista deportivo.

Treinta y siete años.

Especializado en historias humanas.

Al principio pensó que era una coincidencia.

Luego encontró otra fotografía.

Y otra.

Y otra más.

Siempre el mismo hombre.

Siempre cerca de la selección.

Siempre sonriendo.

Siempre joven.

Como si el tiempo no existiera.

Miguel comenzó a investigar.

Lo que descubrió no apareció jamás en ningún periódico.

Porque desapareció antes de poder publicarlo.

Todo había empezado en 1966.

Portugal había alcanzado por primera vez una semifinal mundialista.

El país entero soñaba.

Y un joven delantero llamado Duarte soñaba más que nadie.

Era bueno.

Muy bueno.

Pero no suficiente.

Nunca suficiente.

Porque quería algo imposible.

Ser eterno.

Convertirse en leyenda.

No en héroe.

No en campeón.

Leyenda.

Algo que jamás pudiera morir.

Aquella noche caminó solo por una playa del Algarve.

Y encontró un estadio.

No figuraba en ningún mapa.

No existía.

Pero estaba allí.

Vacío.

Silencioso.

Esperando.

Las gradas parecían construidas con huesos marinos.

Conchas.

Corales.

Restos humanos.

Y en el centro del campo había una figura.

Vestía una camiseta portuguesa.

Muy antigua.

Pero no tenía rostro.

Solo oscuridad.

—¿Quieres ser recordado?

Preguntó.

Duarte respondió sin pensar.

—Sí.

La figura asintió.

—Entonces nunca morirás.

El trato quedó sellado.

Y durante décadas funcionó.

Duarte nunca envejeció.

Nunca enfermó.

Nunca perdió velocidad.

Nunca perdió fuerza.

Cada generación lo veía con un rostro diferente.

Pero seguía siendo él.

Oculto.

Cambiando de identidad.

Jugando.

Marcando.

Esperando.

Porque había una cláusula.

Una sola.

Portugal debía ganar un Mundial.

Solo entonces terminaría el contrato.

Solo entonces podría morir.

Y durante sesenta años aquello nunca ocurrió.

Cada fracaso prolongaba la condena.

Cada eliminación añadía años.

Décadas.

Siglos.

La inmortalidad empezó a pudrirlo.

No físicamente.

Por dentro.

Comenzó a olvidar nombres.

Familias.

Idiomas.

Épocas enteras.

Ya no recordaba cuántas veces había amado.

Ni cuántas veces había enterrado amigos.

Ni cuántas veces había visto morir a todos los que conocía.

Solo recordaba una cosa.

El Mundial.

Siempre el Mundial.

Siempre la siguiente oportunidad.

Siempre la siguiente generación.

Siempre la siguiente estrella.

En 2026 creyó que por fin había llegado el momento.

Portugal avanzó.

Octavos.

Cuartos.

Semifinal.

Final.

El país entero enloqueció.

Y Duarte sintió algo olvidado.

Esperanza.

Pero la noche anterior al partido soñó.

El estadio.

La figura.

Esperándolo.

—¿Y si ganamos?

Preguntó.

La oscuridad sonrió.

—Entonces comienza de verdad.

Duarte despertó aterrorizado.

Porque comprendió algo.

Nunca había leído el contrato completo.

La final comenzó.

Portugal ganó.

Por primera vez.

El país explotó de alegría.

Las calles rugieron.

Las campanas sonaron.

Los fuegos artificiales iluminaron la noche.

Y Duarte sintió que algo se rompía dentro de él.

No dolor.

Alivio.

Por fin.

Por fin iba a terminar.

Entonces vio las gradas.

Nadie más las veía.

Pero estaban allí.

Millones de personas.

Todas las generaciones de aficionados portugueses.

Muertos.

Observándolo.

Esperándolo.

Y comprendió la verdad.

Él no era el beneficiario del pacto.

Era el premio.

La leyenda.

La estrella.

La ofrenda final.

Las sombras comenzaron a arrancarle la piel.

No carne.

Recuerdos.

Décadas enteras desaparecieron.

Amores.

Amigos.

Ciudades.

Vidas.

Todo.

Hasta que no quedó nada.

Solo una sonrisa.

Solo una leyenda.

Solo una historia.

A la mañana siguiente nadie recordaba a Duarte.

Ni los archivos.

Ni las fotografías.

Ni los periódicos.

Todo había desaparecido.

Salvo una imagen.

Encontrada años después en una playa del Algarve.

Mostraba un estadio vacío.

Y una camiseta portuguesa colgada en una portería.

Sin número.

Sin nombre.

Pero todavía húmeda.

Como si alguien acabara de abandonar el campo.

O acabara de entrar.

Porque algunos pescadores afirman que durante las noches de Mundial puede verse una figura entrenando sola sobre la arena.

Corriendo.

Marcando.

Esperando.

Como si el contrato todavía no hubiera terminado.

ARGENTINA

LA ESTRELLA DE LAS CENIZAS

"Hay aficionados que esperan toda una vida para ver a su selección campeona. Algunos siguen esperando después de muertos."

La primera urna apareció dos días antes del debut de Argentina.

Mateo la encontró junto a la cama del hospital.

Era pequeña.

De madera oscura.

Sin nombre.

Sin inscripción.

Sin remitente.

Los médicos juraron no haberla visto entrar.

Las cámaras tampoco.

Simplemente estaba allí.

Esperando.

Mateo llevaba ocho meses ingresado.

Cáncer terminal.

Treinta y nueve años.

Tres operaciones.

Cuatro recaídas.

Y una única obsesión:

Ver a Argentina ganar otro Mundial.

El último.

Los médicos le habían dado pocas semanas.

Él calculaba el tiempo de otra manera.

No pensaba en días.

Pensaba en partidos.

Fase de grupos.

Octavos.

Cuartos.

Semifinal.

Final.

Si llegaba a la final, habría vencido a la muerte.

O eso creía.

Aquella noche Argentina ganó su primer partido.

En el minuto noventa y dos.

Gol agónico.

Gol imposible.

Gol de campeón.

Cuando todo el hospital gritó…

la urna tembló.

Mateo la abrió.

Dentro había cenizas.

Y una fotografía.

Un anciano envuelto en una bandera albiceleste.

Detrás podía leerse:

"Murió esperando México 86."

Mateo sintió un escalofrío.

Pensó que era una broma.

Hasta que las cenizas empezaron a susurrar.

—Por fin marcaron…

—Por fin…

—Por fin…

Cerró la urna de golpe.

Los susurros cesaron.

Pero al día siguiente apareció una segunda.

Y luego una tercera.

Y otra más.

Una por cada victoria.

Una por cada gol decisivo.

Todas contenían cenizas.

Todas pertenecían a aficionados muertos.

Algunos llevaban décadas enterrados.

Otros apenas unos meses.

Todos tenían algo en común.

Habían fallecido esperando ver a Argentina levantar la Copa.

Cuando llegaron los cuartos de final había doce urnas.

En semifinales, veintidós.

La habitación empezaba a parecer un mausoleo.

Las enfermeras se negaban a entrar.

Decían escuchar cánticos.

Miles de voces.

Un estadio entero.

Pero las ventanas permanecían cerradas.

Y el hospital estaba en silencio.

La víspera de la final ocurrió algo peor.

Las urnas se abrieron solas.

Todas.

A la vez.

Las cenizas comenzaron a elevarse.

Girando.

Uniéndose.

Tomando forma.

Mateo vio surgir figuras humanas.

Translúcidas.

Cubiertas por camisetas antiguas.

Décadas de derrotas.

Décadas de espera.

Décadas de esperanza acumulada.

Miles de hinchas muertos observándolo.

—Esta noche jugamos nosotros.

La final comenzó.

El hospital entero vibraba.

Los pacientes gritaban.

Los médicos fingían trabajar mientras miraban el móvil.

El país entero contenía la respiración.

Y entonces Argentina marcó.

Las luces se apagaron.

Las figuras avanzaron.

Lentas.

Sonriendo.

—Ya es hora.

Mateo comprendió.

Aquellos muertos no habían regresado para celebrar.

Habían regresado para cobrar.

Cada título exigía una cantidad exacta de aficionados.

Una cuota.

Un sacrificio.

Un intercambio.

Una estrella nunca se cosía gratis.

Cuando llegó el pitido final, Argentina era campeona.

Por unos segundos, el mundo entero estalló de alegría.

Luego las sombras se abalanzaron sobre la cama.

Miles de manos.

Miles de voces.

Miles de gargantas cantando.

Mateo gritó.

Nadie lo oyó.

Porque todo el país estaba celebrando.

A la mañana siguiente encontraron la habitación vacía.

Sin cuerpo.

Sin rastro.

Sin sangre.

Solo una nueva urna.

Sobre ella había una fotografía reciente.

Mateo.

Sonriendo.

Cubierto por una bandera argentina.

Y una inscripción grabada en madera.

"Murió esperando el Mundial 2026."

Pero eso no era lo peor.

Lo peor es que cada cuatro años aparece una urna nueva.

Y las voces dentro son cada vez más numerosas.

Porque la Copa siempre exige más.

Y las estrellas…

siempre tienen hambre.

INGLATERRA

EL MURO DE LOS HUESOS

"Hay estadios que se construyen con ladrillos. Otros se construyen con recuerdos. Wembley fue construido con algo peor."

Los turistas nunca lo encuentran.

Los taxistas niegan su existencia.

La policía no responde preguntas.

Y los viejos hooligans guardan silencio cuando alguien menciona el callejón.

Porque todos conocen la regla.

Nunca sigas a los ultras después de una eliminación.

Liam la rompió.

Tenía veintidós años.

Era periodista.

Demasiado joven para recordar las tragedias.

Demasiado ambicioso para escuchar advertencias.

Su objetivo era sencillo.

Infiltrarse entre los grupos más radicales durante el Mundial 2026.

Contar la historia.

Mostrar la violencia.

Revelar los secretos.

Pensó que estaba investigando aficionados.

No sabía que estaba investigando una religión.

Inglaterra cayó eliminada en semifinales.

Otra vez.

Penaltis.

Otra vez.

El país entero se hundió en una depresión familiar.

Los bares cerraron temprano.

Las calles quedaron vacías.

Los periódicos prepararon titulares sobre maldiciones.

Pero Liam vio algo extraño.

Los ultras no parecían enfadados.

Parecían aliviados.

Como si hubieran estado esperando precisamente esa derrota.

A medianoche comenzaron a caminar.

En silencio.

Sin cánticos.

Sin alcohol.

Sin peleas.

Un centenar de hombres avanzando por calles vacías de Londres.

Liam los siguió.

Durante casi una hora.

Hasta llegar a un callejón que no figuraba en ningún mapa.

Y allí lo vio.

El muro.

Medía unos cuatro metros de altura.

Era antiguo.

Mucho más antiguo que los edificios que lo rodeaban.

Y estaba hecho de huesos.

Miles.

Fémures.

Costillas.

Mandíbulas.

Cráneos.

Apilados y unidos como ladrillos.

Algunos parecían recientes.

Otros parecían medievales.

Liam vomitó.

Los ultras se arrodillaron.

Uno de ellos avanzó.

Un anciano.

Cabeza rapada.

Bufanda de Inglaterra.

Los nudillos deformados por décadas de peleas.

Lo llamaban El Capitán.

—Hemos vuelto.

El muro respondió.

Sí.

Respondió.

Los huesos comenzaron a crujir.

Miles de mandíbulas abriéndose al mismo tiempo.

Miles de dientes rechinando.

Como una multitud hambrienta.

—¿Cuántos goles faltaron?

—Uno.

—¿Cuántos sueños murieron?

—Millones.

El muro pareció sonreír.

—Entonces pagad.

Liam sintió un frío insoportable.

Porque los ultras no parecían sorprendidos.

Parecían obedientes.

Como feligreses escuchando a su dios.

Entonces llevaron al primer hombre.

Un aficionado cualquiera.

Borracho.

Confundido.

Atado.

—Por la final que no llegó.

Lo empujaron contra los huesos.

El muro lo absorbió.

Literalmente.

La carne desapareció dentro de las cavidades.

Los huesos se cerraron.

Y el hombre dejó de existir.

Los ultras aplaudieron.

Luego trajeron otro.

Y otro.

Y otro.

Cada eliminación exigía víctimas.

Cada fracaso alimentaba la estructura.

Cada generación añadía nuevos huesos.

Liam intentó escapar.

Demasiado tarde.

El Capitán ya lo observaba.

—Los periodistas siempre son los más incrédulos.

Lo golpearon.

Lo arrastraron.

Lo llevaron hasta el muro.

Y entonces escuchó algo.

Miles de voces.

Desde el interior.

Cantaban.

Himnos.

Cánticos de estadio.

Gritos de gol.

Décadas enteras de fútbol atrapadas entre aquellas paredes.

Y entre todas las voces distinguió una frase.

—No somos las víctimas.

Somos los cimientos.

Entonces vio los rostros.

Miles de rostros incrustados en el interior de los huesos.

Algunos recientes.

Otros imposiblemente antiguos.

Todos atrapados.

Todos conscientes.

Todos observándolo.

El muro no era un monumento.

Era un estadio.

Uno construido con generaciones de aficionados.

Y todavía seguía creciendo.

Cuando Liam tocó la superficie, algo cambió.

Una visión.

Un recuerdo.

Una verdad.

Vio el origen.

Año 1966.

La única Copa del Mundo de Inglaterra.

Mientras el país celebraba, un pequeño grupo de aficionados hizo un pacto.

Si la gloria regresaba algún día…

ofrecerían cualquier cosa.

Lo que fuera necesario.

Durante décadas siguieron alimentando la promesa.

Esperando.

Acumulando deuda.

Pero Inglaterra nunca volvió a ganar.

Y el muro siguió creciendo.

Hambriento.

Furioso.

Impaciente.

—La próxima Copa llegará.

Susurró la estructura.

—Y cuando llegue… reclamaré todo lo que me deben.

A la mañana siguiente Liam desapareció.

La policía nunca encontró pistas.

Su investigación quedó incompleta.

Su piso vacío.

Su ordenador intacto.

Solo apareció una fotografía anónima enviada a una redacción londinense.

Mostraba un nuevo cráneo incrustado en el muro.

Todavía llevaba gafas.

Y sonreía.

Desde entonces algunos aficionados afirman haber visto algo extraño cerca de Wembley.

Una pared imposible.

Un callejón que aparece y desaparece.

Un cántico procedente de debajo del suelo.

Y cada vez que Inglaterra pierde un partido importante…

dicen que el muro crece unos centímetros más.

ESPAÑA

EL ABISMO DE LA BANDERA

"El odio es una forma de pertenencia. El problema comienza cuando descubres que también lo es el amor."

La final del Mundial de 2026 paralizó España.

Bares llenos.

Plazas abarrotadas.

Pantallas gigantes.

Banderas en balcones.

Banderas arrancadas de balcones.

Lo normal.

O al menos lo que ya parecía normal.

A las ocho y cuarenta y tres de la tarde, dos hombres entraron en un ascensor de Madrid.

No se conocían.

No se habían visto nunca.

Pero se odiaron inmediatamente.

Uno llevaba una pequeña bandera española en la muñeca.

El otro una insignia independentista en la chaqueta.

Bastó una mirada.

Nada más.

El ascensor arrancó.

Y se detuvo.

Entre dos plantas.

Las luces parpadearon.

Después se apagaron.

Y algo empezó.

—Perfecto.

Murmuró el hombre de la bandera española.

—Seguro que lo han diseñado igual que todo lo demás.

El otro sonrió.

—Pues si dependiera de los tuyos ni funcionaría.

Diez minutos después estaban discutiendo.

Media hora después gritaban.

Una hora después parecían dispuestos a matarse.

Mientras tanto, España jugaba la final.

Los teléfonos dejaron de tener cobertura.

La radio emitía interferencias.

El ascensor descendía lentamente.

Aunque ninguno había pulsado ningún botón.

Y seguía bajando.

Mucho más abajo de lo posible.

Los dos hombres comenzaron a notar algo extraño.

Las paredes parecían expandirse.

La cabina parecía más grande.

Más profunda.

Más oscura.

Y detrás del metal comenzaron a escucharse voces.

Miles.

Cantando.

Gritando.

Celebrando.

Como si un estadio entero rodeara el ascensor.

Entonces apareció la primera bandera.

Surgió desde una grieta en la pared.

Empapada.

Cubierta de algo oscuro.

Después otra.

Y otra.

Y otra más.

Miles de banderas.

De todos los colores.

De todos los territorios.

De todas las épocas.

Algunas imposibles de reconocer.

Algunas tan antiguas que parecían medievales.

Los hombres dejaron de discutir.

Porque algo peor estaba ocurriendo.

Las banderas respiraban.

Y los observaban.

Sí.

Observaban.

Cada tela contenía rostros ocultos.

Miles de ojos abiertos entre los pliegues.

Miles de bocas cosidas en los bordes.

Miles de expresiones hambrientas.

—¿Qué es esto?

Susurró uno.

Y las banderas respondieron.

—Nosotros.

La voz llegó desde todas partes.

Desde cada tela.

Desde cada símbolo.

Desde cada color.

—Somos la necesidad de pertenecer.

Las paredes desaparecieron.

El ascensor ya no existía.

Ahora flotaban sobre un abismo.

Un océano infinito de banderas vivas.

Miles de kilómetros de tela ondulando bajo la oscuridad.

Y en el centro algo gigantesco.

Una criatura.

Formada por millones de estandartes cosidos.

Una montaña de símbolos.

Una masa imposible.

Una nación hecha de naciones.

Un monstruo hecho de identidad.

Y tenía hambre.

El partido continuó.

España marcó.

El monstruo rugió.

Los dos hombres sintieron una oleada de euforia.

Involuntaria.

Instintiva.

Animal.

Durante unos segundos olvidaron quiénes eran.

Olvidaron sus discursos.

Sus ideas.

Sus agravios.

Sus banderas.

Solo existía el gol.

Solo existía el nosotros.

Y aquello los aterrorizó.

Porque ambos sintieron exactamente lo mismo.

La misma alegría.

La misma emoción.

La misma pertenencia.

El mismo orgullo.

Entonces comenzaron a fusionarse.

Literalmente.

Primero las manos.

Después los brazos.

Después la piel.

La carne se mezcló.

Los huesos se retorcieron.

Los rostros empezaron a unirse.

Y cuanto más intentaban separarse...

más fuerte se volvía la transformación.

—¡NO!

Gritaron los dos.

Pero la criatura se alimentaba precisamente de eso.

De la contradicción.

Del amor y del odio.

De la necesidad simultánea de pertenecer y diferenciarse.

El partido llegó a los penaltis.

Todo el país contenía la respiración.

Y el monstruo crecía.

Más y más.

Alimentado por millones de emociones enfrentadas.

Cuando llegó el penalti decisivo, la transformación terminó.

Los dos hombres ya no existían.

Solo quedaba una cosa.

Una criatura de dos cabezas.

Dos corazones.

Dos memorias.

Un único cuerpo.

Abrazándose eternamente.

Incapaces de separarse.

Incapaces de dejar de necesitarse.

España ganó.

El país explotó de alegría.

Las calles se llenaron.

Las plazas rugieron.

Las banderas ondearon.

Y durante unos segundos, millones de personas sintieron exactamente la misma emoción.

La criatura sonrió.

Porque para ella todas las banderas eran iguales.

Todas terminaban en el mismo lugar.

En el mismo océano.

En el mismo abismo.

A la mañana siguiente los técnicos rescataron el ascensor.

Vacío.

Sin cadáveres.

Sin sangre.

Sin señales de violencia.

Solo encontraron algo extraño.

Dos pequeñas banderas.

Perfectamente cosidas entre sí.

Imposibles de separar sin destruir ambas.

Hoy permanecen guardadas en un almacén municipal.

Nadie sabe por qué.

Pero quienes las observan demasiado tiempo terminan desarrollando la misma obsesión.

Defender una identidad.

O combatirla.

Da igual.

Porque ambas cosas alimentan exactamente a la misma entidad.

FRANCIA

EL RETO DEL SILENCIO

"No pestañees. No sonrías. No grites. No llores. Pase lo que pase durante el partido, mantén la calma. Si reaccionas... desaparecerás."

Todo comenzó como comienzan las peores cosas.

Como una broma.

Como un vídeo.

Como un reto viral.

Apareció dos semanas antes del Mundial.

TikTok.

Instagram.

YouTube.

Foros.

Grupos privados.

Un vídeo de apenas quince segundos.

Una pantalla negra.

Una cuenta atrás.

Y una voz femenina.

—¿Eres capaz de ver el partido imposible?

Después aparecía una regla.

NO REACCIONES.

Miles de personas lo probaron.

Luego millones.

Al principio parecía absurdo.

Se trataba simplemente de ver fragmentos de partidos.

Penaltis.

Expulsiones.

Lesiones.

Goles.

Sin mostrar emociones.

Ni una sonrisa.

Ni una lágrima.

Ni una mueca.

La inteligencia artificial del reto analizaba cada gesto facial.

Quien aguantaba recibía una insignia digital.

Quien fallaba...

perdía la cuenta.

No suspendida.

No bloqueada.

Borrada.

Como si jamás hubiera existido.

Y eso era solo el principio.

Julien trabajaba como moderador de contenido para una gran red social.

Treinta años.

Divorciado.

Insomne.

Su trabajo consistía en eliminar vídeos violentos.

Suicidios.

Asesinatos.

Accidentes.

Creía haberlo visto todo.

Hasta que apareció el Reto del Silencio.

Los informes se acumulaban.

Miles.

Usuarios desaparecidos.

Literalmente.

No era una expresión.

Desaparecidos.

Familias enteras denunciaban cosas imposibles.

Fotografías vacías.

Vídeos alterados.

Contactos eliminados.

Mensajes borrados.

Como si una persona hubiera sido arrancada de la realidad digital.

Y poco a poco…

también de la memoria.

Julien decidió investigarlo.

Consiguió una copia original del vídeo.

Lo abrió a las tres de la madrugada.

Solo.

Con auriculares.

La pantalla negra apareció.

La voz habló.

—Bienvenido.

Aquello no formaba parte del archivo.

Julien pausó el vídeo.

La voz continuó.

—Gracias por mirar.

Sintió un escalofrío.

Y entonces apareció algo.

Durante apenas un fotograma.

Una cara.

No humana.

Demasiado larga.

Demasiado pálida.

Demasiado sonriente.

La imagen desapareció.

Pero Julien ya no podía olvidar aquellos ojos.

Al día siguiente comenzaron las pesadillas.

Miles de personas sentadas frente a pantallas.

Inmóviles.

Sin pestañear.

Sin respirar.

Sin vivir.

Observando un estadio imposible.

Un estadio gigantesco.

Mucho más grande que cualquier estadio real.

Las gradas parecían extenderse hasta el horizonte.

Y en el centro del campo había una estrella.

Negra.

No una estrella de campeón.

Algo diferente.

Algo vivo.

Algo observando.

Julien empezó a encontrar referencias ocultas.

El símbolo aparecía en vídeos antiguos.

En retransmisiones deportivas.

En fotografías históricas.

Incluso en imágenes de Mundiales anteriores.

Siempre escondida.

Siempre observando.

Como si hubiese estado allí desde el principio.

Entonces llegaron los octavos de final.

Y el reto explotó.

Cincuenta millones de participantes.

Cien millones.

Doscientos millones.

El planeta entero parecía jugar.

Mientras Francia avanzaba en el torneo.

Las desapariciones también aumentaban.

Miles por día.

Después decenas de miles.

Nadie lograba demostrar nada.

Porque cada víctima dejaba de existir progresivamente.

Primero desaparecía de internet.

Después de los archivos.

Después de las fotografías.

Después de los recuerdos.

Como si jamás hubiera nacido.

Julien comprendió la verdad durante la semifinal.

Porque vio la transmisión original.

No la señal pública.

La señal real.

La que jamás debía emitirse.

Y descubrió que el partido no era el verdadero espectáculo.

Las cámaras enfocaban otra cosa.

Las gradas.

Millones de espectadores.

Observando.

Pero no el encuentro.

Observando a quienes miraban desde casa.

Como depredadores.

Como jueces.

Como cazadores.

Y en medio de todos ellos estaba la estrella negra.

Palpitando.

Alimentándose.

Cada reacción humana era una ofrenda.

Cada emoción.

Cada sobresalto.

Cada lágrima.

Cada grito de gol.

Todo terminaba allí.

Dentro de aquella cosa.

La final llegó.

El reto alcanzó cifras absurdas.

Más de quinientos millones de personas conectadas.

Julien intentó avisar al mundo.

Nadie escuchó.

Porque todo el mundo estaba viendo el partido.

Y el reto.

Al mismo tiempo.

Cuando llegó la tanda de penaltis ocurrió algo imposible.

Los servidores globales se apagaron.

Todos.

Durante exactamente treinta y siete segundos.

En todo el planeta.

Después volvieron.

Y cientos de millones de cuentas habían desaparecido.

Para siempre.

Las empresas jamás explicaron lo sucedido.

Los gobiernos tampoco.

Las cifras oficiales fueron ocultadas.

Pero Julien conocía la verdad.

Porque vio el último fotograma emitido.

Una imagen que jamás apareció en televisión.

Mostraba la estrella.

Mucho más grande.

Mucho más cerca.

Y dentro de ella podían verse millones de rostros humanos.

Observando.

Esperando.

Sin pestañear.

Exactamente igual que los espectadores.

Exactamente igual que las víctimas.

Hoy el reto sigue circulando.

Aparece cada cuatro años.

Siempre con distinto nombre.

Siempre con distinto formato.

Pero siempre con la misma regla.

NO REACCIONES.

Porque la estrella sigue mirando.

Y todavía tiene hambre.

ESTADOS UNIDOS

EL ÚLTIMO SPONSOR

"El Mundial no era el producto. El producto eras tú."

La mascota apareció un año antes del Mundial.

Nadie recordaba quién la había diseñado.

Nadie recordaba quién había aprobado la campaña.

Nadie recordaba quién era su creador.

Pero estaba en todas partes.

Vallas publicitarias.

Pantallas gigantes.

Redes sociales.

Anuncios.

Aplicaciones.

Camisetas.

Vasos.

Cajas de cereales.

Sonriendo.

Siempre sonriendo.

La llamaban **Champ**.

Un personaje aparentemente inofensivo.

Una mezcla de balón, águila y estrella.

Grandes ojos.

Sonrisa perfecta.

Colores brillantes.

Los niños la adoraban.

Los adultos también.

Demasiado.

Ethan Walker trabajaba para una agencia de publicidad en Nueva York.

Su departamento gestionaba las campañas globales del Mundial.

Su trabajo era simple.

Generar atención.

Mantener a la gente mirando.

Mantenerla comprando.

Mantenerla consumiendo.

Porque en Estados Unidos todo termina convirtiéndose en producto.

Incluso la pasión.

Incluso la esperanza.

Incluso el miedo.

Especialmente el miedo.

Una noche Ethan recibió una llamada.

Urgente.

Confidencial.

Nivel máximo.

Debía acudir al edificio central de la empresa.

Subsuelo.

Planta -17.

Lo extraño era que el edificio solo tenía cinco sótanos.

Pero el ascensor descendió igualmente.

Y siguió bajando.

Mucho después de lo posible.

Cuando las puertas se abrieron encontró una sala inmensa.

Pantallas.

Miles de pantallas.

Millones.

Todas mostrando espectadores.

No partidos.

Espectadores.

Personas observando anuncios.

Personas observando redes.

Personas observando retransmisiones.

Como ganado.

Como alimento.

En el centro de la sala había una mesa.

Y alrededor de ella se sentaban representantes de las mayores marcas del planeta.

Ninguno parecía humano.

Demasiadas sonrisas.

Demasiados dientes.

Demasiados ojos.

Y en la cabecera estaba Champ.

La mascota.

Sentada.

Moviendo lentamente la cabeza.

Como si estuviera viva.

—Bienvenido.

Dijo.

La voz no salía de su boca.

Salía de todas las pantallas al mismo tiempo.

—Ha llegado la hora de la cosecha.

Ethan intentó marcharse.

Las puertas desaparecieron.

Entonces las pantallas cambiaron.

Y mostraron algo imposible.

Cada Mundial celebrado.

Todos.

Y en todos aparecía la misma figura.

Oculta.

Observando.

Una mascota distinta cada vez.

Pero los mismos ojos.

La misma sonrisa.

La misma cosa.

Champ.

O lo que fuera realmente.

—Las personas creen que consumen contenido.

Dijo la criatura.

—Pero siempre ocurre al revés.

Entonces Ethan vio la verdad.

Los patrocinadores no financiaban el Mundial.

El Mundial financiaba a los patrocinadores.

Porque el torneo generaba algo.

Una energía.

Una sustancia invisible.

Deseo.

Atención.

Obsesión.

Millones de personas concentradas en una misma emoción.

Y aquello tenía valor.

Un valor inmenso.

Las marcas la recolectaban.

La refinaban.

La vendían.

Y alimentaban algo.

Algo gigantesco.

Algo oculto tras las pantallas.

Algo que no pertenecía al mundo humano.

La final llegó.

Miles de millones de espectadores.

Récord absoluto.

La audiencia más grande de la historia.

La criatura sonrió.

Porque aquella era la cosecha perfecta.

Durante el descanso ocurrió algo extraño.

Millones de personas afirmaron ver a Champ durante una fracción de segundo.

No en el anuncio.

Detrás del anuncio.

Observándolos desde el otro lado de la pantalla.

Sonriendo.

Contando.

Calculando.

Midiendo.

Como un depredador valorando el tamaño de un rebaño.

Entonces comenzaron las desapariciones.

Una por segundo.

En todo el planeta.

Nadie notó nada.

Porque todos estaban viendo el partido.

Y el partido era exactamente para eso.

Para que nadie mirara otra cosa.

Cuando terminó la final, Champ apareció por última vez.

En todas las pantallas.

Durante exactamente siete segundos.

Las empresas negaron el incidente.

Los gobiernos también.

Las grabaciones desaparecieron.

Pero Ethan conservó una copia.

Y años después logró analizarla fotograma a fotograma.

Lo que encontró casi lo volvió loco.

La mascota estaba hecha de personas.

Millones de personas.

Sus cuerpos.

Sus rostros.

Sus sonrisas.

Comprimidos.

Fusionados.

Convertidos en una única criatura publicitaria.

Y en el fondo de sus ojos aparecía algo familiar.

Una estrella negra.

La misma de Francia.

Observando.

Esperando.

Aprendiendo.

Ethan desapareció poco después.

Solo dejó una nota.

Tres palabras.

Escritas a mano.

NOS ESTÁN MIRANDO.

Hoy Champ sigue apareciendo.

A veces en banners.

A veces en anuncios.

A veces en campañas deportivas.

Siempre durante una fracción de segundo.

Siempre sonriendo.

Y siempre un poco más cerca de la pantalla.

MÉXICO

EL PRECIO DE LA VICTORIA

"Nadie se explica por qué México siempre encuentra un gol cuando parece imposible. Nosotros sí. Porque nosotros lo pagamos."

La gente cree que los patrocinadores compran espacio en una camiseta.

Logotipos.

Publicidad.

Marketing.

Dinero.

Mentira.

Lo que compran es otra cosa.

Tiempo.

Suerte.

Destino.

Y sangre.

Arturo llevaba doce años trabajando para una agencia de patrocinio deportivo en Ciudad de México.

Oficialmente gestionaba contratos.

Negociaba marcas.

Diseñaba campañas.

Extraoficialmente…

administraba sacrificios.

Nunca le gustó aquella palabra.

Sacrificio.

Sonaba demasiado antigua.

Demasiado brutal.

Demasiado real.

Pero eso era exactamente lo que hacían.

Cada patrocinador que aparecía en la camiseta de la selección debía aportar algo.

No dinero.

No recursos.

No publicidad.

Vida.

Porque bajo el Estadio Azteca existía algo.

Algo mucho más antiguo que el fútbol.

Mucho más antiguo que México.

Mucho más antiguo que los dioses cuyos nombres ya nadie recordaba.

Y cada Mundial despertaba.

La primera vez que Arturo descendió lo hizo acompañado por tres ejecutivos.

Trajes caros.

Relojes de lujo.

Sonrisas artificiales.

Tomaron un ascensor oculto.

Bajaron durante siete minutos.

Siete minutos.

Mucho más de lo que permitía la profundidad real del estadio.

Cuando las puertas se abrieron apareció una ciudad.

Entera.

Sepultada bajo tierra.

Pirámides.

Templos.

Escalinatas.

Miles de cráneos incrustados en las paredes.

Y en el centro…

un balón.

No parecía un balón moderno.

Ni siquiera parecía deportivo.

Estaba hecho de piel humana.

Miles de fragmentos cosidos entre sí.

Y latía.

Como un corazón.

—Bienvenidos.

Dijo el sacerdote.

Nadie conocía su nombre.

Nadie sabía su edad.

Algunos afirmaban haberlo visto en fotografías de los años cincuenta.

Otros en imágenes de los setenta.

Siempre igual.

Siempre sonriendo.

—El Mundial se acerca.

Hay hambre.

Los ejecutivos asintieron.

Como quien revisa un presupuesto.

Porque para ellos aquello era exactamente eso.

Un presupuesto.

El sacerdote abrió un libro.

Cada patrocinador tenía una cuota.

Un gol importante.

Tres vidas.

Un penalti decisivo.

Cinco vidas.

Clasificación.

Diez vidas.

Llegar a semifinales.

Veinticinco vidas.

Y ganar el Mundial...

Arturo nunca había visto la cifra completa.

Nadie quería verla.

Aquella noche México debutó con victoria.

En el minuto noventa y cuatro.

Gol imposible.

Gol milagroso.

Gol histórico.

Los comentaristas hablaron de épica.

Los aficionados lloraron.

En el subsuelo, el balón comenzó a latir más rápido.

Y el contador aumentó.

+3

Tres personas desaparecieron en distintos puntos del país.

Nadie relacionó los casos.

Pero Arturo sí.

Porque conocía el sistema.

Y porque el número siempre coincidía.

A medida que avanzó el torneo las desapariciones aumentaron.

Niños.

Ancianos.

Turistas.

Aficionados.

Siempre el mismo patrón.

Sin cadáver.

Sin explicación.

Sin rastro.

Como si hubieran sido tragados por la tierra.

La semifinal fue la peor.

México marcó dos goles.

El contador saltó.

+47

Arturo sintió náuseas.

Porque comprendió algo.

La cuota estaba creciendo.

Cada vez más.

Como si la criatura exigiera intereses.

Como si la deuda acumulada durante décadas estuviera venciendo.

Aquella noche decidió volver al templo.

Solo.

Quería destruir el balón.

Acabar con todo.

Cuando llegó encontró algo imposible.

Miles de personas.

Desaparecidos de distintos Mundiales.

Todos vivos.

Pero fusionados.

Sus cuerpos formaban la superficie del balón.

Ojos.

Bocas.

Dedos.

Orejas.

Millones de fragmentos humanos cosidos entre sí.

Girando lentamente.

Y todos susurraban la misma frase.

—Vale la pena.

Arturo retrocedió horrorizado.

—¿Qué les has hecho?

El sacerdote sonrió.

—Nada.

Ellos aceptaron.

Entonces señaló hacia arriba.

—Escucha.

Arturo oyó algo.

El estadio.

Ciento veinte mil personas cantando.

Saltando.

Gritando.

Deseando.

Y comprendió.

La criatura nunca obligaba a nadie.

La afición la alimentaba.

El deseo colectivo la despertaba.

Cada cántico.

Cada plegaria.

Cada sueño imposible.

Era una invitación.

La final llegó.

México contra una potencia mundial.

Noventa minutos.

Prórroga.

Penaltis.

Todo el país paralizado.

Cuando el último disparo entró…

el balón explotó.

No hacia fuera.

Hacia dentro.

Como si absorbiera el mundo.

Miles de personas desaparecieron simultáneamente.

Calles enteras quedaron vacías.

Casas completas.

Barrios.

Como si jamás hubieran existido.

Y mientras México celebraba el primer Mundial de su historia...

algo despertó bajo el estadio.

Algo gigantesco.

Algo que llevaba siglos esperando.

Los festejos duraron semanas.

Las desapariciones nunca se explicaron.

La Copa permaneció en vitrinas.

Y el sacerdote siguió trabajando.

Porque sabía una verdad que nadie más conocía.

El problema nunca era ganar.

El problema era mantener alimentada a la cosa que había concedido la victoria.

Meses después, durante una visita privada al museo de la federación, una limpiadora encontró algo extraño.

La Copa del Mundo.

Estaba sudando sangre.

ALEMANIA

EL HOMBRE DE LOS ESQUEMAS

"La perfección no existe. Por eso Klaus decidió eliminar todo lo imperfecto."

La policía alemana nunca relacionó las muertes.

Un delantero brasileño atropellado.

Un mediapunta francés desaparecido.

Un guardameta argentino encontrado ahogado en la bañera de un hotel.

Un extremo inglés que cayó desde un balcón.

Parecían accidentes.

Desgracias.

Mala suerte.

Solo había un detalle extraño.

Todos aparecían marcados.

Una pequeña cruz negra dibujada detrás de la oreja.

Siempre la misma.

Siempre idéntica.

Siempre perfecta.

Porque Klaus Richter odiaba los errores.

Desde niño.

Los cubiertos debían alinearse.

Las puertas debían cerrarse tres veces.

Los libros debían colocarse por tamaño.

Los pasos debían ser múltiplos de cuatro.

Los pensamientos debían estar ordenados.

Todo debía obedecer un sistema.

Y el fútbol era el sistema más hermoso jamás creado.

Veintidós jugadores.

Un balón.

Noventa minutos.

Reglas.

Patrones.

Geometría.

Lógica.

Hasta que aparecía el caos.

Un rebote.

Un error.

Un genio.

Un milagro.

Klaus odiaba los milagros.

Por eso, cuando Alemania cayó eliminada en 2022 por culpa de una genialidad individual, algo se rompió dentro de él.

Y comenzó a estudiar.

Durante cuatro años.

Miles de partidos.

Miles de estadísticas.

Miles de horas observando vídeos.

Analizó cada posible rival del Mundial 2026.

Cada estrella.

Cada goleador.

Cada guardameta.

Cada árbitro susceptible de alterar el resultado.

Cuando terminó su trabajo tenía un cuaderno.

Negro.

Sin título.

Dentro había nombres.

Fotografías.

Horarios.

Rutinas.

Debilidades.

Y una frase escrita en la primera página.

"La perfección requiere limpieza."

La primera víctima fue un delantero.

Klaus entró en el hotel disfrazado de fisioterapeuta.

Sabía exactamente cuándo estaba solo.

Sabía exactamente qué puerta usar.

Sabía exactamente cuánto tardaría en morir.

Porque había calculado todo.

Hasta el último detalle.

Cuando terminó, abrió el cuaderno.

Tachó un nombre.

Y sonrió.

El esquema mejoró.

Eso pensó.

Y entonces empezó a escuchar la voz.

Al principio era un susurro.

Después se convirtió en una presencia constante.

—Muy bien.

—Elimina otro.

—Haz el torneo más eficiente.

Klaus creyó que era estrés.

Fatiga.

Ansiedad.

Pero la voz conocía cosas imposibles.

Sabía dónde estarían los jugadores.

Sabía qué hoteles usarían.

Sabía quiénes eran realmente peligrosos.

Y nunca se equivocaba.

Porque la voz no pertenecía a una persona.

Pertenecía al Cuaderno.

La libreta comenzó a crecer.

Nombres nuevos aparecían solos.

Fotografías que Klaus jamás había tomado.

Incluso personas que todavía no habían cometido ningún error.

—Ellos también alterarán el resultado.

Decía la escritura.

—Corrige la anomalía.

Para entonces Klaus ya no distinguía entre planificación y obediencia.

Continuó matando.

Y Alemania seguía avanzando.

Octavos.

Cuartos.

Semifinales.

Cada rival perdía una pieza importante.

Una lesión.

Una desaparición.

Un accidente.

El mundo hablaba de coincidencias.

Klaus hablaba de probabilidades.

La noche antes de la final recibió la última orden.

Abrió el cuaderno.

Solo había una fotografía.

La suya.

Y una palabra.

ANOMALÍA

Por primera vez sintió miedo.

Intentó quemarlo.

No ardió.

Intentó romperlo.

Las páginas volvieron a unirse.

Intentó enterrarlo.

Apareció de nuevo sobre la mesa.

Entonces comprendió.

Nunca había sido el dueño.

Solo era otra pieza.

Otra corrección temporal.

Otro instrumento.

La final comenzó.

Alemania dominaba.

Todo salía según lo previsto.

Hasta el minuto ochenta y ocho.

Un jugador rival realizó una jugada imposible.

Una de esas acciones que ningún algoritmo puede prever.

Un regate absurdo.

Un rebote.

Un disparo defectuoso.

Gol.

Alemania perdió.

Y Klaus sintió algo peor que la derrota.

Escuchó una carcajada.

Procedía del cuaderno.

Las páginas comenzaron a moverse.

Miles de nombres.

Miles de fotografías.

Miles de cruces negras.

Décadas enteras.

Siglos.

Como si la libreta hubiera existido siempre.

Como si hubiese guiado guerras.

Imperios.

Revoluciones.

Mundiales.

Entonces aparecieron manos.

Decenas de manos humanas saliendo de las páginas.

Todas pertenecían a personas tachadas.

Todas avanzaban hacia él.

—La perfección alcanzada.

Susurraron.

—Corrección final.

A la mañana siguiente Klaus desapareció.

La policía encontró el apartamento vacío.

Solo permanecía el cuaderno.

Abierto.

Sobre la primera página.

Había una nueva fotografía.

Mostraba un estadio gigantesco.

Lleno de personas sin rostro.

En el centro del campo aparecía Klaus.

Arrodillado.

Tachado con una enorme cruz negra.

Y debajo podía leerse una frase.

"Error corregido."

Desde entonces, cada Mundial trae rumores.

Jugadores que reciben sobres anónimos.

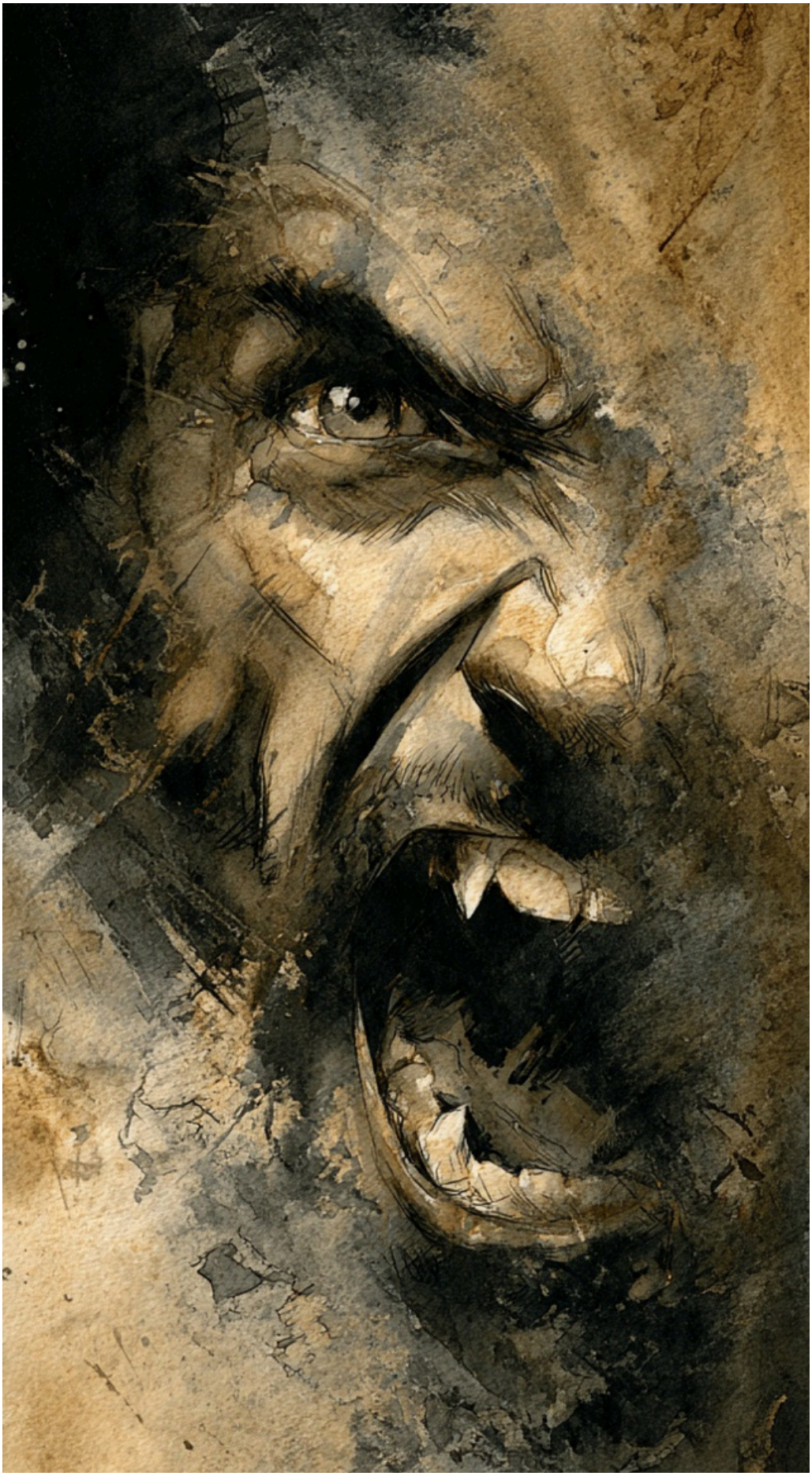
Entrenadores que encuentran cruces dibujadas en los espejos.

Árbitros que escuchan páginas pasando durante la noche.

Porque el Cuaderno sigue trabajando.

Y para él...

el ser humano siempre será el fallo del sistema.



BRASIL

EL CÉSPED DEL 7-1

"Hay derrotas que un país no supera. Hay derrotas que tampoco olvidan."

La primera desaparición ocurrió durante un entrenamiento.

Nadie le dio importancia.

Un utillero.

Un hombre mayor.

Sesenta años.

Llevaba treinta trabajando para la selección.

Entró al campo al amanecer.

Nunca salió.

Las cámaras lo mostraban caminando hacia el centro del terreno.

Después la imagen se distorsionaba.

Como si algo respirara bajo la hierba.

Como si el césped estuviera vivo.

La federación habló de un problema técnico.

Los jugadores hablaron de otra cosa.

Porque todos habían oído el grito.

Un grito ahogado.

Procedente de debajo del campo.

Aquella noche el delantero estrella no pudo dormir.

Thiago era el máximo goleador del torneo.

Ocho goles.

Tres asistencias.

El nuevo ídolo nacional.

El hombre destinado a devolver la gloria.

A las tres de la madrugada salió al estadio vacío.

Quería despejar la cabeza.

El Mundial estaba consumiéndolo.

La presión.

Las portadas.

Los millones de personas esperando un milagro.

Todo pesaba demasiado.

Entonces vio algo imposible.

El césped se movía.

No por el viento.

Desde abajo.

Como si cientos de cuerpos intentaran salir.

Y escuchó una voz.

—Todavía seguimos corriendo.

Thiago pensó que estaba alucinando.

Se acercó.

Las hojas de hierba comenzaron a abrirse.

Miles.

Millones.

Separándose.

Como dedos.

Como uñas.

Como bocas.

Y debajo apareció un rostro.

Después otro.

Y otro.

Y otro más.

Once rostros.

Todos llevaban camisetas amarillas.

Todos gritaban.

Todos corrían.

Todos parecían atrapados.

—Ayúdanos.

Entonces reconoció uno.

Un antiguo internacional.

Presente en el Mundial de 2014.

Uno de los jugadores que sufrió la humillación del 7-1.

El hombre comenzó a llorar.

—Nunca terminamos el partido.

Las figuras desaparecieron.

El césped volvió a cerrarse.

Y el estadio quedó en silencio.

A la mañana siguiente Thiago intentó olvidarlo.

No pudo.

Porque aparecieron más desaparecidos.

Dos periodistas.

Un fisioterapeuta.

Un suplente.

Todos habían sido vistos cerca del terreno de juego.

Todos se habían esfumado.

La FIFA envió investigadores.

No encontraron nada.

Solo una anomalía.

El césped parecía crecer demasiado rápido.

Demasiado verde.

Demasiado perfecto.

Como si estuviera alimentándose de algo.

La semifinal llegó.

Brasil ganó.

Y aquella noche el campo volvió a abrirse.

Esta vez mucho más.

Miles de brazos emergieron de la tierra.

Miles de piernas.

Miles de ojos.

Un estadio entero enterrado bajo otro estadio.

Y en medio de todos ellos apareció una figura.

Un jugador.

Alto.

Demasiado alto.

Más de dos metros.

Delgado como un cadáver.

La camiseta amarilla pegada a los huesos.

Los ojos completamente negros.

La boca llena de dientes.

—El Goleador.

Eso dijeron las voces.

—El primero.

La criatura caminó sobre el césped.

No dejaba huellas.

Parecía deslizarse.

Como un depredador.

Como algo que había jugado al fútbol antes de que existiera el fútbol.

—Toda victoria necesita alimento.

Thiago retrocedió.

—¿Qué eres?

La criatura sonrió.

—El primer goleador.

Entonces señaló la hierba.

—Y ellos son los segundos.

Thiago miró hacia abajo.

Comprendió la verdad.

El césped no crecía.

Estaba formado por personas.

Miles de personas.

Aficionados.

Jugadores.

Entrenadores.

Árbitros.

Todos absorbidos durante décadas.

Todos convertidos en raíces.

Todos alimentando al estadio.

El Mundial continuó.

La final llegó.

Brasil estaba a noventa minutos de levantar la Copa.

Y el país entero soñaba despierto.

Pero el césped tenía otros planes.

Durante el descanso Thiago desapareció.

Delante de todo el mundo.

Las cámaras dejaron de enfocarlo apenas unos segundos.

Cuando regresaron...

ya no estaba.

Nunca encontraron un cuerpo.

Nunca encontraron sangre.

Nunca encontraron pistas.

Brasil perdió la final.

Por un solo gol.

Los aficionados lloraron.

Los periodistas buscaron explicaciones.

Los expertos hablaron de presión psicológica.

Mala suerte.

Fatiga.

Errores tácticos.

Nadie habló del césped.

Porque una semana después desmontaron el estadio.

Y bajo el terreno encontraron algo.

Miles de esqueletos.

Todos en posición de carrera.

Todos mirando hacia la misma portería.

Todos intentando marcar un gol que jamás llegaría.

Lo más inquietante fue el último hallazgo.

Una fotografía.

Reciente.

Tomada después de la final.

Mostraba a Thiago.

Sonriendo.

Desde debajo de la tierra.

Con raíces creciendo desde sus ojos.

Y una inscripción escrita con barro.

"Ahora corro con ellos."

Desde entonces los jardineros revisan cada campo mundialista.

Buscan rostros.

Buscan manos.

Buscan dientes.

Porque cada vez que Brasil marca un gol decisivo...

algunas hojas de hierba parecen sonreír.

MARRUECOS

EL GUARDAMETA DEL DESIERTO

"Los grandes porteros dicen que intuyen dónde irá el balón. Yo no lo intuía. Yo lo escuchaba."

La primera vez ocurrió cuando tenía nueve años.

Youssef jugaba descalzo en una aldea cercana al desierto.

Una portería hecha con piedras.

Un balón viejo.

Un penalti.

Nada más.

Entonces escuchó una voz.

Muy débil.

Procedente de debajo de la arena.

—Izquierda.

Youssef se lanzó.

Detuvo el disparo.

Volvió a escucharla.

—Derecha.

Otro penalti.

Otra parada.

Los adultos rieron.

Hablaron de talento.

Instinto.

Destino.

Pero Youssef sabía la verdad.

Había algo bajo la arena.

Y aquello conocía el futuro.

Con los años se convirtió en profesional.

Después en internacional.

Finalmente en guardameta de la selección marroquí.

Las voces nunca desaparecieron.

Al contrario.

Cada vez eran más fuertes.

Miles.

Susurrando.

Murmurando.

Cantando.

Siempre desde abajo.

Siempre desde el suelo.

Siempre desde la tierra.

Los psicólogos hablaron de ansiedad.

Los médicos de estrés.

Nadie imaginó la verdad.

Porque la verdad estaba enterrada.

Muy profundamente.

Mucho antes de los estadios.

Mucho antes de los imperios.

Mucho antes de la historia.

Durante el Mundial de 2026 las voces cambiaron.

Dejaron de susurrar penaltis.

Comenzaron a contar cosas.

Nombres.

Fechas.

Muertes.

Youssef dejó de dormir.

Porque todas las noches soñaba con el mismo lugar.

Un estadio.

Enterrado bajo el Sahara.

Gigantesco.

Tan grande que las dunas parecían simples montículos alrededor.

Y bajo sus gradas descansaban millones de esqueletos.

No humanos.

Algo más antiguo.

Algo imposible.

En el centro del campo se alzaba una portería.

Negra.

Inmensa.

Y detrás de ella se movía una sombra.

Esperándolo.

Marruecos avanzó en el torneo.

Youssef realizó milagros.

Paradas imposibles.

Penaltis detenidos.

Reflejos sobrehumanos.

Los comentaristas hablaban de leyenda.

Las voces hablaban de otra cosa.

—Pronto.

—Pronto.

—Pronto.

Llegó la semifinal.

Tanda de penaltis.

Miles de millones de espectadores.

Silencio absoluto.

El rival disparó.

Youssef escuchó.

—Izquierda.

Paró.

Segundo penalti.

—Derecha.

Paró.

Tercero.

—Centro.

Paró.

El mundo entero enloqueció.

Pero Youssef comprendió algo.

Las voces ya no predecían.

Recordaban.

Como si aquello hubiera ocurrido antes.

Como si todos los Mundiales fueran repeticiones.

Como si los partidos se jugaran una y otra vez.

Durante siglos.

Durante milenios.

La final llegó.

Youssef apenas podía mantenerse en pie.

Las voces gritaban.

Miles.

Millones.

Como si algo estuviera despertando bajo África.

El encuentro llegó a los penaltis.

El último lanzamiento decidiría el campeón.

Y entonces el suelo se abrió.

No físicamente.

Mentalmente.

Durante un segundo Youssef vio lo que había bajo el mundo.

El verdadero estadio.

El primero.

La cancha original.

Una construcción ciclópea enterrada bajo continentes enteros.

Y comprendió quién hablaba.

No eran fantasmas.

No eran ancestros.

No eran espíritus.

Eran porteros.

Miles de ellos.

Miles de generaciones.

Todos atrapados detrás de la Portería Negra.

Todos observando.

Todos condenados.

Y la sombra que habitaba allí los utilizaba.

Como una red.

Como una inteligencia colectiva.

Como un sistema de vigilancia eterno.

—Detén el último balón.

Ordenó la sombra.

—Y ocuparás tu lugar.

Youssef comprendió el precio.

Todos los milagros.

Todas las paradas.

Toda la gloria.

Habían sido un préstamo.

Ahora llegaba la factura.

El rival chutó.

Las voces indicaron el lado correcto.

Pero por primera vez en su vida...

Youssef no obedeció.

Se lanzó al lado contrario.

Gol.

Derrota.

El estadio rugió.

La nación lloró.

Las voces desaparecieron.

Para siempre.

Años después, Youssef confesó la historia en una entrevista.

Nadie le creyó.

Todos pensaron que hablaba metafóricamente.

Hasta que murió.

Y durante el entierro ocurrió algo extraño.

La arena del desierto comenzó a moverse.

Como si algo gigantesco respirara debajo.

Y durante unos segundos apareció una portería.

Negra.

Inmensa.

Esperando a otro guardameta.

LA COPA DE LOS CONDENADOS

(GRAN FINAL)

"Durante siglos creímos que observábamos el Mundial. Nunca se nos ocurrió que el Mundial también nos observaba a nosotros."

La final del Mundial de 2026 terminó a las 22:47.

Miles de millones celebraron.

Miles de millones lloraron.

Miles de millones apagaron la televisión.

Y pensaron que todo había acabado.

No sabían que aquello apenas acababa de empezar.

A las 22:48 desapareció Internet.

No parcialmente.

Completamente.

Durante exactamente trece minutos.

Nadie supo explicar por qué.

Satélites.

Servidores.

Fibra óptica.

Sistemas militares.

Todo cayó.

Al mismo tiempo.

Cuando la conexión regresó apareció un archivo.

En todos los dispositivos del planeta.

Teléfonos.

Tablets.

Ordenadores.

Televisores.

Un único vídeo.

Duraba trece minutos.

Nadie sabía quién lo había enviado.

Nadie sabía cómo había llegado.

Pero todos reconocieron algo.

El título.

LA COPA DE LOS CONDENADOS

Las autoridades intentaron borrarlo.

Demasiado tarde.

Miles de millones ya lo estaban viendo.

Y el vídeo comenzó.

Primero apareció Argentina.

Las cenizas.

La estrella.

Los muertos.

Después Brasil.

El césped vivo.

Los goleadores devorados.

Luego Inglaterra.

El muro de huesos.

Los ultras.

Holanda.

El canal.

El abuelo.

El pacto.

Alemania.

El cuaderno.

La perfección.

Las correcciones.

México.

El balón hecho de piel humana.

Francia.

La estrella negra.

Canadá.

El estadio silencioso.

España.

El océano de banderas.

Estados Unidos.

Champ.

Portugal.

La leyenda inmortal.

Marruecos.

La portería negra.

Las doce entidades.

Las doce historias.

Las doce maldiciones.

Todas aparecieron.

Y entonces ocurrió algo extraño.

Comenzaron a moverse.

Como piezas.

Como órganos.

Como fragmentos de algo incompleto.

El césped reptó.

La estrella descendió.

Las banderas se retorcieron.

El balón latió.

La portería se abrió.

Y todas empezaron a unirse.

Encajar.

Fusionarse.

Como si llevasen siglos esperando aquel momento.

Entonces apareció la verdad.

El primer partido.

No el primer Mundial.

No el primer campeonato.

El primer partido.

Hace miles de años.

Antes de las pirámides.

Antes de Roma.

Antes de la escritura.

Dos tribus.

Una llanura.

Un objeto esférico hecho de cuero.

Y espectadores.

Miles de espectadores.

Porque incluso entonces había espectadores.

Y aquella noche ocurrió algo.

Algo llegó.

No desde el cielo.

No desde el infierno.

Desde otra parte.

Algo atraído por una emoción desconocida.

La emoción colectiva.

Miles de seres humanos sintiendo lo mismo.

Al mismo tiempo.

Deseando.

Temiendo.

Esperando.

Celebrando.

Aquello encontró alimento.

Y decidió quedarse.

Durante siglos aprendió.

Aprendió guerras.

Religiones.

Imperios.

Pero nada lo alimentaba tanto como el deporte.

Nada reunía tantas emociones simultáneas.

Nada generaba tanta energía humana.

Y cuando nació el fútbol...

la criatura encontró su forma perfecta.

El Mundial.

Porque un Mundial reúne algo único.

El planeta entero mirando la misma cosa.

El mismo balón.

La misma portería.

La misma esperanza.

La misma desesperación.

Todo al mismo tiempo.

La criatura creció.

Década tras década.

Mundial tras Mundial.

Alimentándose.

Creando órganos especializados.

La Esperanza.

Argentina.

La Gloria.

Brasil.

La Frustración.

Inglaterra.

La Obsesión.

Holanda.

El Control.

Alemania.

El Sacrificio.

México.

La Atención.

Francia.

La Soledad.

Canadá.

La Identidad.

España.

El Consumo.

Estados Unidos.

La Inmortalidad.

Portugal.

El Conocimiento.

Marruecos.

Doce órganos.

Doce funciones.

Doce formas de alimentarse.

Y en el Mundial de 2026 algo cambió.

Por primera vez.

La criatura estaba completa.

Había reunido suficiente energía.

Suficientes emociones.

Suficientes almas.

Suficientes espectadores.

El vídeo mostró entonces su auténtico cuerpo.

Y nadie pudo comprender lo que veía.

Era un estadio.

Y también una galaxia.

Y también una criatura.

Y también una copa.

Y también una boca.

Todo al mismo tiempo.

Un ser tan inmenso que los continentes parecían manchas de polvo sobre su piel.

Las gradas eran dientes.

Los túneles eran venas.

Los focos eran ojos.

Y el campo…

El campo era una lengua.

Miles de millones de personas dejaron de respirar.

Porque comprendieron.

Siempre habían estado dentro.

Todos los estadios.

Todos los Mundiales.

Todas las selecciones.

Eran partes de la criatura.

Órganos internos.

Y el torneo jamás fue una competición.

Fue digestión.

La Copa del Mundo apareció entonces flotando en mitad de la imagen.

La auténtica copa.

No el trofeo.

La original.

La que existía antes del metal.

La que inspiró todos los símbolos posteriores.

Una copa gigantesca hecha de hueso.

Y dentro podía verse algo.

Millones de rostros humanos.

Los desaparecidos.

Los olvidados.

Los sacrificados.

Los fusionados.

Los espectadores.

Todos.

Observando.

Esperando.

Y entonces el vídeo terminó.

Sin explicación.

Sin créditos.

Sin despedida.

Solo una frase.

Escrita en todas las pantallas del mundo.

GRACIAS POR ASISTIR.

Durante semanas los gobiernos negaron lo ocurrido.

Las empresas negaron lo ocurrido.

Las federaciones negaron lo ocurrido.

Pero nadie pudo eliminar todos los testimonios.

Porque algo había cambiado.

La gente comenzó a notar cosas.

Sombras en los estadios.

Susurros bajo las gradas.

Voces procedentes de balones abandonados.

Aplausos en campos vacíos.

Y sobre todo...

Una sensación.

La misma sensación.

La certeza de estar siendo observado.

Hoy los estadios siguen llenándose.

Los Mundiales continúan celebrándose.

Las aficiones siguen cantando.

Los niños siguen soñando.

Nada ha cambiado.

Excepto una cosa.

Algunas personas afirman que durante los segundos previos a un penalti decisivo pueden escuchar algo.

No en las gradas.

No en la televisión.

No en sus cabezas.

Debajo del mundo.

Una voz gigantesca.

Antigua.

Hambrienta.

Susurrando las mismas palabras.

Las mismas que aparecieron al final del vídeo.

Las mismas que probablemente aparecerán después del próximo Mundial.

Y del siguiente.

Y del siguiente.

GRACIAS POR ASISTIR.

EXPEDIENTE MUNDIAL

ARCHIVOS RECUPERADOS DEL COMITÉ DE OBSERVACIÓN DEL MUNDIAL

bestiario

I. BESTIARIO DE CANADÁ

Entidad: El Estadio Silencioso

Cuando el mundo gritó gol,
él escuchó únicamente el crujido del hielo.

Construyó una grada con noches vacías,
un marcador con llamadas que nadie devolvió,
y un estadio entero dentro del salón de una casa olvidada.

No devora carne.

No derrama sangre.

Se alimenta de la distancia entre dos personas.

Los Espectadores permanecen sentados,
con los ojos clavados en un partido eterno.

Nadie recuerda cuándo entraron.

Nadie recuerda cómo salir.

Primera aparición documentada: 1986

Nivel de amenaza: 4/5

Método de ataque: Aislamiento psicológico progresivo.

Patrón: Personas extremadamente solitarias durante grandes eventos colectivos.

Advertencia: Si escuchas cánticos dentro de tu casa cuando no hay televisión encendida, abandona el lugar inmediatamente.

II. BESTIARIO DE PAÍSES BAJOS

Entidad: La Reina del Canal

Bajo las aguas inmóviles de Ámsterdam
duerme una reina sin corona.

Escucha los deseos pronunciados durante los Mundiales.

Cada victoria tiene un precio.

Cada gol una factura.

Cada milagro una tumba.

Los campeones celebran sobre puentes antiguos,
ignorando las manos que emergen del fondo.

El Estadio Sumergido crece lentamente.

Está construido con promesas incumplidas.

Y jamás olvida un nombre.

Primera aparición documentada: Siglo XVII

Nivel de amenaza: 5/5

Hábitat: Canales antiguos de Ámsterdam.

Patrón: Pactos relacionados con la victoria deportiva.

Advertencia: Nunca formular deseos frente al agua durante un Mundial.

III. BESTIARIO DE PORTUGAL

Entidad: El Delantero Eterno

Marcó el primer gol hace décadas.

Todavía sigue corriendo.

Cada estadio le devuelve la juventud.

Cada aplauso le roba un recuerdo.

Olvidó a su madre.

Olvidó a sus amigos.

Olvidó incluso su verdadero nombre.

Solo recuerda marcar.

Cuando el mar devuelve la niebla,
aparece el Estadio de la Marea.

Allí las leyendas firman contratos
que ningún ser humano debería leer.

Primera aparición documentada: 1966

Nivel de amenaza: 4/5

Método de ataque: Intercambio de memoria por inmortalidad.

Patrón: Personas obsesionadas con convertirse en leyendas.

Advertencia: Ninguna leyenda permanece humana para siempre.

IV. BESTIARIO DE ARGENTINA

Entidad: La Estrella de las Cenizas

No es una copa.

No es un dios.

No es un fantasma.

Es la suma de millones de corazones
que nunca dejaron de esperar.

Las cenizas de los hinchas muertos
alimentan su resplandor.

Cada campeonato la fortalece.

Cada derrota la vuelve más hambrienta.

A veces aparece en forma de urna.

A veces en forma de estrella.

Siempre exige algo a cambio.

Primera aparición documentada: 1978

Nivel de amenaza: 5/5

Víctimas conocidas: Desconocidas

Patrón: Aficionados terminales o obsesivos.

Advertencia: No aceptar urnas aparecidas durante un Mundial.

V. BESTIARIO DE INGLATERRA

Entidad: El Muro de los Huesos

Detrás de Wembley existe un callejón
que no aparece en ningún mapa.

Allí se alza un muro imposible.

Cada ladrillo fue una esperanza rota.

Cada grieta una derrota histórica.

Los ultras llegan en silencio.

El Capitán los espera.

Nadie conoce su edad.

Nadie recuerda su rostro.

El muro sigue creciendo.

Y todavía necesita más huesos.

Primera aparición documentada: 1966

Nivel de amenaza: 5/5

Hábitat: Callejón no cartografiado próximo a Wembley.

Víctimas conocidas: Miles.

Patrón: Eliminaciones traumáticas y derrotas históricas.

Advertencia: No seguir grupos ultras después de medianoche.

VI. BESTIARIO DE ESPAÑA

Entidad: El Abismo de las Banderas

Nació del deseo de pertenecer.

Se alimentó del miedo a no pertenecer.

Creció entre himnos,
consignas,
colores,
y fronteras imaginarias.

No distingue banderas.

No distingue ideologías.

Solo escucha el ruido de las identidades enfrentadas.

Los Fusionados caminan abrazados.

Comparten recuerdos.

Comparten odios.

Comparten cuerpos.

Pero jamás volverán a estar solos.

Primera aparición documentada: Desconocida.

Nivel de amenaza: 5/5

Método de ataque: Absorción y fusión identitaria.

Patrón: Eventos de alta polarización emocional.

Advertencia: Toda bandera es una puerta. Algunas se abren en ambas direcciones.

VII. BESTIARIO DE FRANCIA

Entidad: La Estrella Negra

Nadie sabe cuándo apareció.

Solo saben que estaba observando.

Vive detrás de las pantallas.

Entre los píxeles.

Entre los millones de ojos conectados.

No necesita sangre.

No necesita violencia.

Necesita atención.

Los Borrados siguen allí.

Suspendidos dentro de una oscuridad perfecta.

Mirando eternamente.

Esperando el siguiente clic.

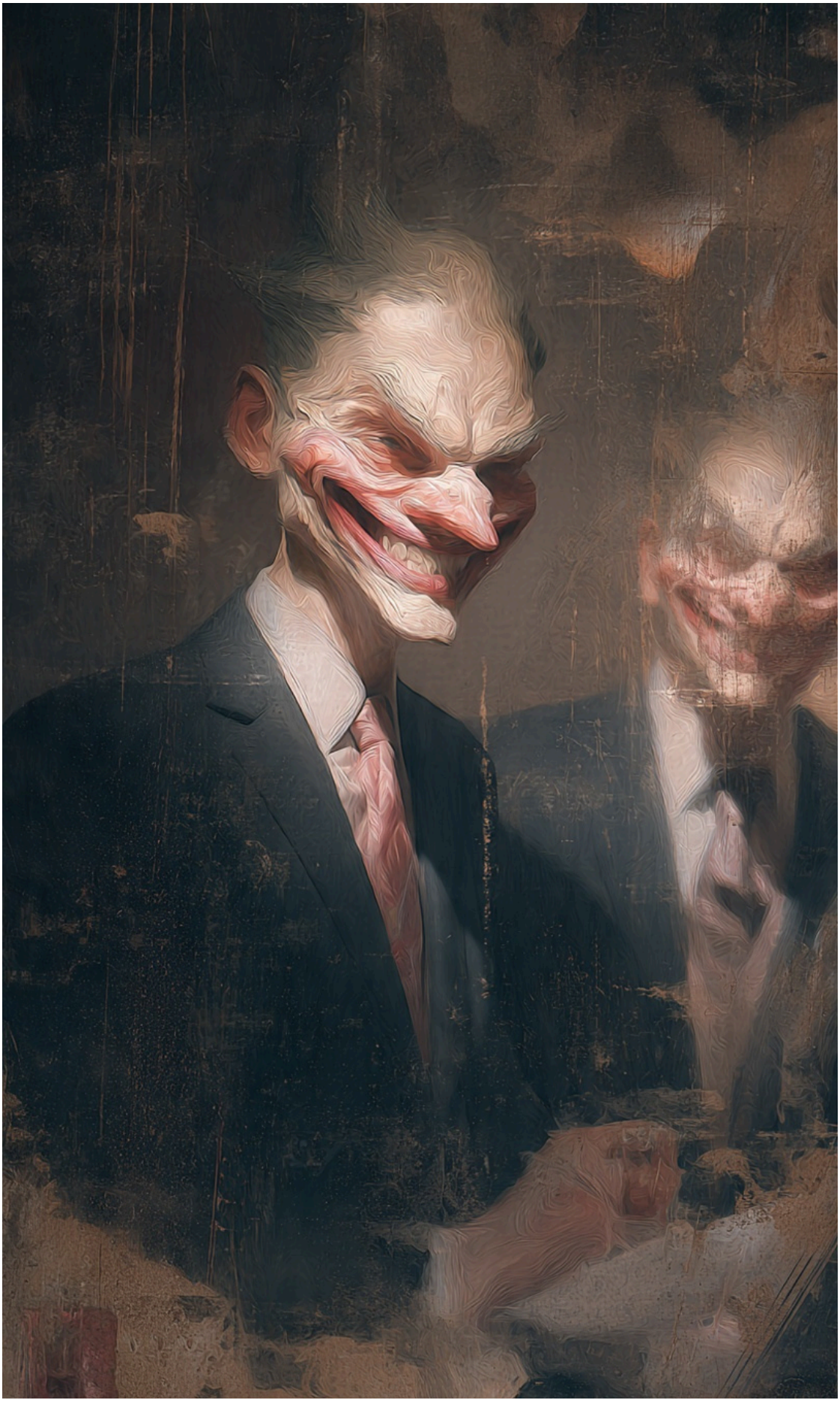
Primera aparición documentada: Desconocida.

Nivel de amenaza: 5/5

Método de ataque: Consumo progresivo de identidad y memoria.

Patrón: Eventos masivos retransmitidos globalmente.

Advertencia: Si encuentras un reto viral relacionado con partidos imposibles, no reproduzcas el vídeo completo.



VIII. BESTIARIO DE ESTADOS UNIDOS

Entidad: Champ, el Último Sponsor

Siempre sonríe.

Siempre saluda.

Siempre parece feliz.

Pero sus ojos nunca parpadean.

Habita millones de pantallas a la vez.

Consume segundos.

Consume miradas.

Consume vidas enteras convertidas en métricas.

Los Ejecutivos le sirven.

Firman contratos que nadie lee.

Y cada anuncio acerca un poco más
su enorme sonrisa a la realidad.

Primera aparición documentada: Desconocida.

Nivel de amenaza: 5/5

Método de ataque: Consumo de atención masiva.

Patrón: Grandes eventos publicitarios globales.

Advertencia: Si la mascota parece estar mirándote directamente, apaga la pantalla.

IX. BESTIARIO DE MÉXICO

Entidad: El Balón de las Mil Pieles

Late bajo el Estadio Azteca.

Como un corazón enterrado.

Como una herida que jamás cicatrizó.

Está cosido con generaciones de sacrificios.

Cada puntada guarda un nombre.

Cada cuero una historia.

El Sacerdote de la Cancha sigue vigilando.

Algunos dicen que es inmortal.

Otros creen que nunca fue humano.

El balón continúa latiendo.

Y el país entero escucha su pulso.

Primera aparición documentada: Anterior a la conquista española.

Nivel de amenaza: 5/5

Hábitat: Complejo subterráneo bajo el Estadio Azteca.

Patrón: Pactos relacionados con triunfos imposibles.

Advertencia: Ningún milagro deportivo es gratuito.

X. BESTIARIO DE ALEMANIA

Entidad: El Cuaderno de los Esquemas

Todo error debe desaparecer.

Toda anomalía debe corregirse.

Toda sorpresa debe morir.

Así piensa el Cuaderno.

Sus páginas escriben destinos.

Sus diagramas eliminan posibilidades.

Las Correcciones vagan sin rostro.

Cubiertas de tinta.

Cubiertas de órdenes.

Cubiertas de perfección.

Porque para el Cuaderno,
la libertad siempre fue un defecto.

Primera aparición documentada: Desconocida.

Nivel de amenaza: 5/5

Víctimas conocidas: Centenares.

Patrón: Personas capaces de alterar el resultado previsto.

Advertencia: Si encuentras una cruz negra detrás de tu oreja, ya estás dentro del esquema.

XI. BESTIARIO DE BRASIL

Entidad: El Goleador del cesped.

La gloria germinó bajo sus botas.

Primero fue hierba.

Luego raíces.

Después ramas.

El estadio comenzó a reconocerlo como suyo.

Cada gol enterró un poco más al hombre.

Cada ovación alimentó a la criatura.

Ahora corre entre los postes
como un bosque vestido de amarillo.

Todavía marca goles.

Pero hace tiempo que dejó de ser humano.

Primera aparición documentada: Desconocida

Nivel de amenaza: 5/5

Hábitat: Terrenos de juego históricos.

Patrón: Jugadores decisivos y máximos goleadores.

Advertencia: Nunca entrenar solo después de medianoche.

XII. BESTIARIO DE MARRUECOS

Entidad: La Portería Negra

Enterrada bajo el Sahara.

Más antigua que los imperios.

Más antigua que los mapas.

Más antigua que la memoria.

Los guardametas la encuentran en sueños.

Les ofrece conocimiento.

Les ofrece reflejos imposibles.

Les ofrece eternidad.

Los Guardianes siguen allí.

Millones de manos invisibles.

Protegiendo una portería
que nadie debería defender.

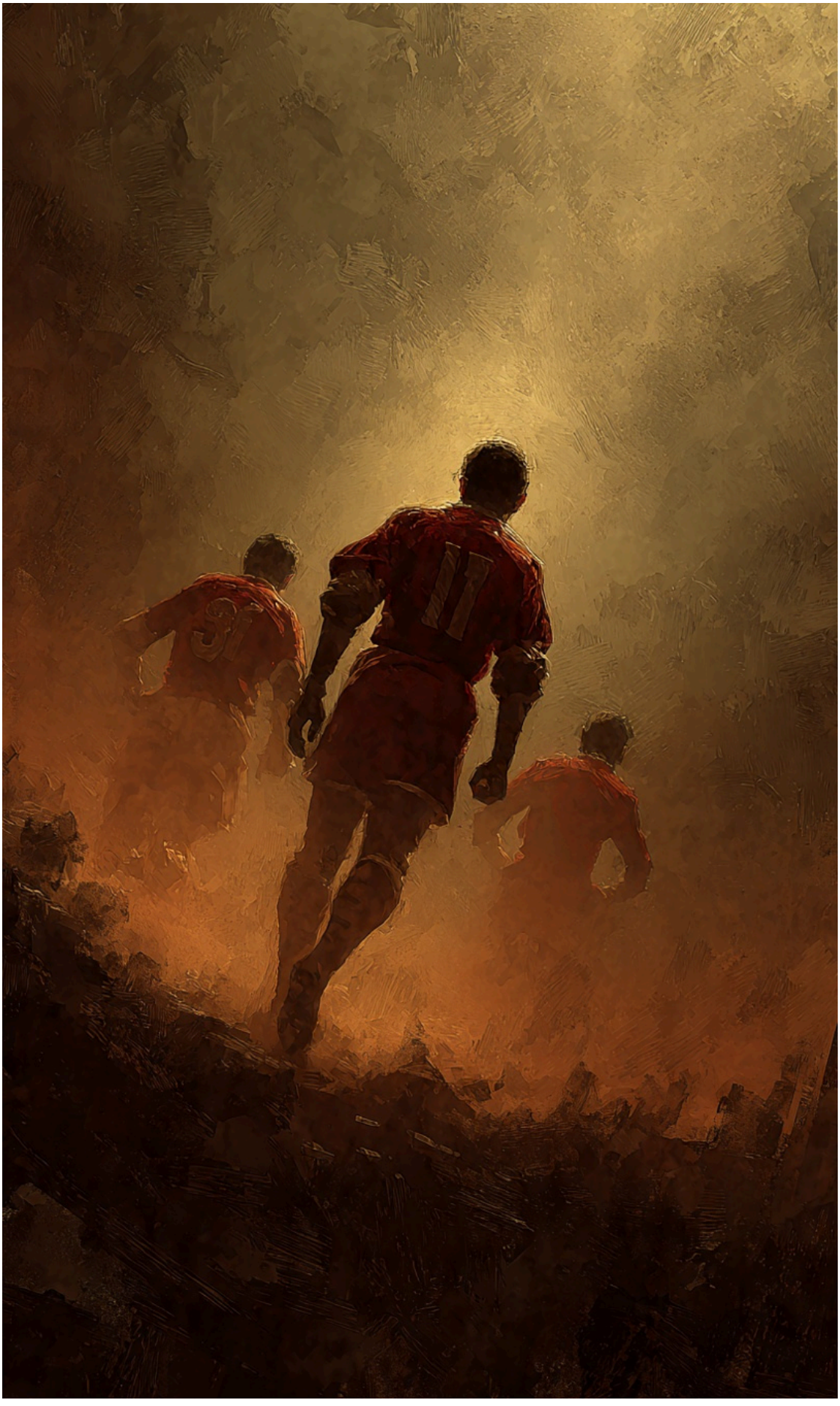
Primera aparición documentada: Desconocida.

Nivel de amenaza: 5/5

Método de ataque: Intercambio de conocimiento por servidumbre eterna.

Patrón: Guardametas excepcionales.

Advertencia: Algunas paradas nunca fueron tuyas.



XIII. EXPEDIENTE FINAL

ENTIDAD

La Copa de los Condenados

No es un torneo.

No es un deporte.

No es una celebración.

Es un organismo.

Uno tan antiguo
que ya estaba hambriento antes del primer ser humano.

La esperanza de Argentina es uno de sus órganos.

La gloria de Brasil otro.

La frustración inglesa.

La obsesión holandesa.

El control alemán.

El sacrificio mexicano.

La atención francesa.

La soledad canadiense.

La identidad española.

El consumo estadounidense.

La inmortalidad portuguesa.

El conocimiento marroquí.

Cada Mundial es su respiración.

Cada gol es un latido.

Cada cántico una célula nueva.

Y si ahora mismo recuerdas un partido,
si todavía sientes la alegría de una victoria,
o el dolor de una derrota...

quizá ya formes parte de él.

NATURALEZA

Organismo memético-cósmico.

Posiblemente anterior a la humanidad.

NIVEL DE AMENAZA

∞ / 5

ALIMENTACIÓN

Emociones colectivas sincronizadas.

ESTADO

Activo.

ADVERTENCIA FINAL

Si estás leyendo esto durante un Mundial...

si acabas de gritar un gol...

si acabas de sufrir un penalti...

si acabas de sentir exactamente lo mismo que millones de personas...

quizá ya hayas contribuido.